

# Rehén

Clara Cortés

*Primer premio de narrativa de 3º y 4º de ESO*

"Por muy difícil que parezca, siempre habrá una salida".

"Por muy difícil", se repitió.

Tenía un saco en la cabeza y no podía ver nada. Solo podía esperar, escuchando, siempre alerta. "Por muy difícil que parezca, siempre habrá una salida", decía su madre.

Sonrió amargamente y su respiración cortó el silencio.

Claro, siempre habría una salida. Para el resto.

Pero él tenía los brazos encadenados al suelo. Su situación era la clara excepción.

Escuchó el conocido sonido metálico de la puerta al abrirse. Un escalofrío le recorrió la espalda. No había aparecido y ya había hecho que le temblaran las piernas.

Los pasos lentos y casi burlones de su visita bajaron por la escalera en espiral. Se tomaba su tiempo, riéndose de él sin abrir la boca y sin siquiera alzar los labios.

Según se iba acercando él notó cómo bajaba la temperatura.

Deseó que le matara de una vez, que dejara de tratarle como si solo fuera un juguete más.

Pero ella no era de esas. No era tan buena. No iba a hacerlo.

Sintió miedo cuando uno de sus dedos largos y finos le levantó la barbilla. Le quitó el saco y este cayó hacia atrás. La cara afilada de la mujer mostraba rasgos crueles y terriblemente bellos. Los ojos grandes que le miraban solo hacían que él pudiese leer sus intenciones, como si de verdad éstos fueran el espejo del alma. Volvió a estremecerse y frunció los labios.

No servía de nada hacerse el fuerte frente a la que él había bautizado como Muerte.

La mujer inclinó la cabeza y sus labios rojos soltaron una ácida carcajada.

—Qué curioso. Hoy parece que estás hablador.

No quiso mirarla. Sentía cómo la sangre le hervía cada vez que la voz dulce e infantil de ella silbaba. Era como la música que suena antes de que aparezca el tiburón.

Intentó esquivarla, pero solo pudo fijarse en el punto bajo la ventana, aquel en concreto. Si, ella había dejado ese agujero ahí para que solo quedara iluminado lo que quería.

El cuerpo inmóvil de su compañero yacía boca arriba. Su uniforme, sangriento, tenía un gran desgarrón en el pecho y muchas otras lesiones que prefirió no mirar fijamente.

Su cuello se doblaba hacia un lado en un ángulo pronunciado e imposible.

Cerró los ojos para intentar eliminar la imagen de su cabeza, pero ya era tarde: otra vez estaba ahí el momento en el que ella le había matado, cuando lo hizo ante él.

Cerró los ojos con más fuerza y de la garganta de ella nació otra carcajada.

–Así jamás lo lograrás. Si fuera tan fácil olvidar la muerte, probablemente ni tú ni yo estaríamos ahora aquí, ¿no crees?

Ahora si que se atrevió a mirarla. Apretó más los labios para que no le temblaran. Quería gritar, pero hacía mucho que se había quedado sin nada que decir.

Tampoco tenía respuestas para aquello.

–¿Me dirás hoy lo que quiero saber, soldado, o voy a tener que jugar un poco?

Hasta ella reconocía que para ella solo era un juego. No pudo evitar que su vista se desviara de nuevo. Según las marcas y las ausencias en el cuerpo de su compañero, se había divertido con él; pero ninguna de las cosas que le arrebató hizo que ellos hablaran.

La mujer chasqueó la lengua, lo cual sonó como un cuello al romperse.

–Ya empieza a oler, mandaré que se lo lleven –su tono era demasiado frío e indiferente–. ¿Y bien, soldado? –se acercó un poco más–. ¿Vas a contarme algo hoy?

Él no negó, pero no le hizo falta.

Los zapatos de la mujer resonaron contra el suelo mientras daba la vuelta a su alrededor.

–No deberías resistirte. Piénsalo: tu guerra acaba aquí, ya has perdido. Ya no te sirve de nada seguir callando...

Antes de que pudiera seguir hablando, una idea rápida fue obedecida por sus piernas; ni le dio tiempo a analizarla: como si fuera un acto reflejo, le dio una patada hacia atrás a la silla, lo que hizo que Muerte tropezara, sorprendida. Echó también hacia atrás su cuerpo y consiguió que el de la mujer, que aún no había recuperado el equilibrio, pasara por encima. Cuando la tuvo tirada y confundida a sus pies, juntó los brazos y enrolló las cadenas que le ataban alrededor de su cuello.

No pensó mientras tiraba en direcciones contrarias. Un segundo, y ella dejó de moverse.

La puerta se abrió rápidamente y una bala voló por la habitación, a ciegas. Sonrió, victorioso; ya sería libre, ya no iba a existir ninguna guerra... al menos no para él. Todo iba a acabar y había encontrado su salida. Antes de que una segunda bala le diera en plena frente, suspiró y cerró los ojos. Quería disfrutarla.